

Un lugar para el adiós, tres notas sobre la capilla de la Resurrección del cementerio de Turku

José-María García del Monte

José-María García del Monte

Doctor Arquitecto por la Universidad Politécnica de Madrid.

Centro de Investigación:

Universidad Politécnica de Madrid.

etsam@jmgdelmonte.com

RESUMEN

Análisis de la Capilla de la Resurrección, de Erik Bryggman (Turku, Finlandia, 1891-1955), desde el punto de vista de la construcción de un espacio orientado hacia la ceremonia de la despedida, en un contexto a un tiempo cívico, civil y religioso. Se identifican tres momentos clave: llegar, estar y marchar; tres momentos y situaciones que explican el esfuerzo del arquitecto por construir un ámbito de amparo y de consuelo.

Palabras clave: Arquitectura religiosa, Bryggman, Finlandia, cementerio.

ABSTRACT

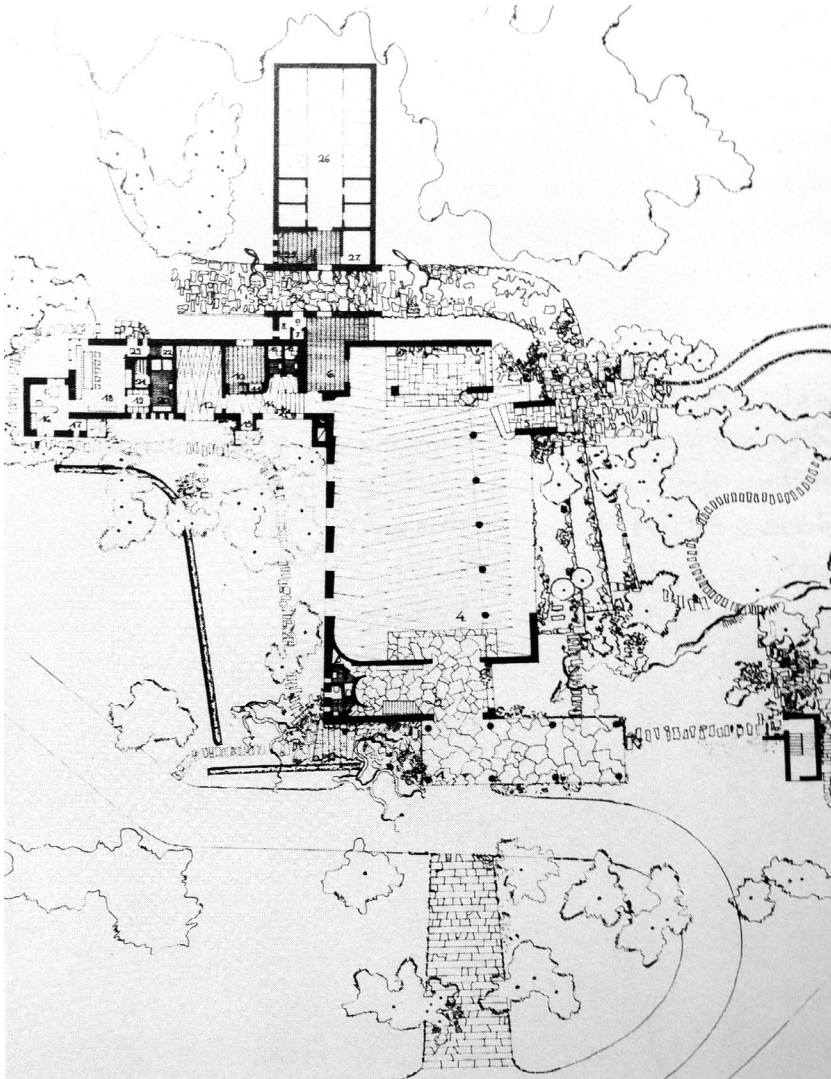
This article develops a brief analysis on the Resurrection Chapel, by Erik Bryggman (Turku, Finland, 1891-1955), as the construction of a space devoted to a farewell ceremony, from a civic and a religious point of view. There are defined three key moments: arriving, staying and leaving; those are three moments and three situations which explain the architect's effort for building an environment of shelter and consolation.

Keyword: Religious Architecture, Bryggman, Finland, cemetery.

Hay momentos de dulzura profesional. A veces los proyectos, sin previo aviso, van bien, todo parece encajar, se entra sin saber cómo en un círculo virtuoso en que cada decisión afianza y mejora la precedente, todo el proyecto fluye como con vida propia y la construcción no rebaja su aspiración, sino que la eleva. Momentos de plenitud, imposibles de convocar ni de prever, en que pareciera que un arquitecto consigue aquello para lo que ha estado preparándose toda la vida.

Es, sin duda, el caso de la capilla de la Resurrección, construida por Erik Bryggman (1891-1955) entre 1938 y 1941.

Bryggman, poco conocido por el estudiante medio, es escasamente citado como referencia, las más de las veces por haber estado asociado



PLANTA, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

con Alvar Aalto durante los años de éste en Turku, ciudad donde transcurrió toda la vida profesional de Bryggman. Mientras uno siguió su camino a Helsinki, el otro quedaba en Turku, siguiendo una vida más silenciosa pero no menos trabajadora.

Este carácter oculto obliga a que haya de ser la sorpresa de la visita lo que, sin apenas preparación previa, descubra los valores de una obra que, por apenas estudiada, impacta con mayor intensidad; podríamos decir que es relativamente fácil acudir con poco más bagaje que las fotografías más o menos estándar de la nave principal... esta imagen, sí, iconografía habitual de la arquitectura moderna finlandesa.

La historia del proyecto y la construcción de esta capilla, desde el concurso de 1938 hasta la consagración en 1941, está suficientemente relatada en un texto de Janey Bennett (de título «Sub specie eternitatis», el lema elegido por Bryggman para el concurso) contenido en la monografía [1] coordinada por Riitta Nikula en 1991, año del centenario de Bryggman; no

[1] Erik Bryggman 1891-1955, arkkitehti, arkitekt, architect, Riitta Nikula (ed.). Helsinki: Museum of Finnish Architecture. 1991. 307 p. ISBN 951-9229-70-1.



IMAGEN DEL ACCESO, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

es, pues, momento para insistir sobre ello. Pero se diría que falta un análisis de lo que esta obra significa por sí, en cuanto a materialización del, a mi juicio, muy poderoso ideal de arquitectura: el convertirse en metonimia de una acción puramente humana, escenario y a un tiempo protagonista de un rito tan humano como el de la despedida.

Rito de despedida en que la grandeza de la obra le permite elevarse por encima incluso de consideraciones religiosas para pasar a significar, a representar, por sí, el sustrato que ampara al rito, la base profunda y universal del mito del adiós.

El objetivo de este breve texto, escrito a continuación de una intensa visita a la capilla, es el de analizar apenas tres puntos clave de ese intenso poema construido. Analizarlo desde los hechos y las evidencias concretas: las construidas. Imaginar lo que representan en la vivencia de la capilla y entender su constitución como explicación psicológica y fenomenológica de la representación de un rito.

El análisis por tanto, parte de una experiencia de un lugar que hoy, ochenta y un años más tarde, apela a las emociones mostrándose como un cuerpo cierto y evidente de un modo de entender la arquitectura intenso y verdadero: como un amparo de la naturaleza humana.

El lugar, un escenario para el adiós, está vivo, profundamente vivo: siempre a un paso, testigo de ese adiós repetido mil veces, que no puede darse sino desde esta «orilla». Material hay para un análisis completo, casi pieza a pieza, elemento a elemento; pero éste es un primer ensayo y el espacio limitado, por lo que acudiré a los tres estadios clave que configuran el rito: *llegar, estar, marchar*. Y varios leit motif (delicadeza, respeto, temor) reunidos un uno solo: compasión.

UNO: LLEGAR.

Dos caminos llegan a la capilla. Uno, directo, frontal, enfrentado al atrio, bajo, llega subiendo. Otro, tangente, sólo roza y se desdobra. Ambos se cruzan y desde allí parte una escalera tranquila, lenta, amable... hay demasiados pensamientos agolpados para pensar en cómo subir con dignidad una escalera que a su vez se retira lenta, discreta, elegante, evitando herir al árbol que estuvo allí mucho antes de que la escalera fuera pensada.

Algunos vienen en automóvil, son subidos lentamente por la máquina y se apean una vez hecho el esfuerzo que por cortesía el auto les ha ahorrado.

Todos se encuentran arriba.

Encuentros doloridos, sorpresas, cómo pasa el tiempo... es el espacio de lo social, un paso atrás y a un lado. ¿Quién es nadie en ese día para situarse en el eje de la iglesia? Quizá sólo el muerto, al fon-



DETALLE DE LA CRUZ, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

do... pero no se le ve. Algo dice que nadie más puede permanecer en ese lugar de privilegio... pero no está, tampoco está, sólo está su memoria, ese cuerpo que fue suyo ya no lo es, y quién sabe dónde él se encuentra.

Acudimos a despedirlo con el susto aún en el cuerpo, necesitamos sentirnos vivos, conversar, charlar, saludar, sentir en los apretones de manos que aún fluye la sangre por las venas, conjurar el miedo en el apretón a otro a quien a través de esa fuerza pedimos auxilio y consuelo.

Todo eso no, no puede hacerse en un eje que siempre fue sagrado y que hoy lo es más. Pero no es el eje de la religión, no es el eje de la naturaleza, no es el eje, por tanto, de la iglesia. O sí, lo es, pero no es el punto medio, el canónico, el del dios, sino el del hombre a quien se despide, protagonista involuntario y por una vez no azorado.

Quienes aguardan lo hacen apartados de todo protagonismo, humildes, actores secundarios que no quieren aspirar a más, de una tragedia siempre azarosa pero siempre repetida. Como si por superstición fuera, todos, saludándose y sin ser conscientes, se apartan de ese camino que un día se los llevará, uno a uno, a todos por delante.

No sabemos si llueve o nieva y el atrio protege, no sabemos si hace sol y el atrio protege... sí sabemos que hace miedo... y el atrio protege.

En la evolución del proyecto el atrio ha ido cobrando forma y cuerpo; fue centrado, fue aislado, no fue... En el desplazamiento se consigue



IMAGEN DEL ACCESO, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

ese juego de múltiples lecturas de ejes contradictorios: el de la iglesia, el de la nave, el del altar... y todos ellos finalmente orquestado por el del difunto, que aguardará en su túmulo frente al altar, centro inevitable de la despedida. Porque no hay otro eje central, no hay simetría, y aunque la percepción del lugar hace sospechar de un eje oculto, de una compensación entre las diferentes descompensaciones, finalmente la planta lo deja claro: no existe ese teórico eje de la arquitectura. Pareciera que el arquitecto se niega a crearlo, a configurarlo. Al revés, todo se muestra desencajado, equilibradamente desencajado. Como el atrio.

El atrio es elegante, bajo, amable, no impone sino que protege casi amorosamente, es un techo a la altura justa para no ahogarse pero para no imponerse con monumentalidad. Turku es una provincia y se diría que las despedidas son más íntimas, como en familia. Tampoco la cruz se impone: allí arriba, queda visible sólo desde lejos, no es omnipresente en ese sitio de espera desde el que quizá alguno prefiera seguir la ceremonia observando por las ventanas su devenir mudo (ventajas de la asimetría).

La cruz, dorada, se despegaba de la fachada y marca una sombra imposible sobre el revoco, es una y tres (ella, el bajorrelieve y su sombra); pero a la altura de las personas un bajorrelieve triunfante habla de la vida, de una vida que quizá gane también sobre las sombras de la muerte, aunque también quizá sea una fábula... Que no sea en ningún caso la arquitectura la que lo ponga en duda. Recordémoslo: es la capilla de la resurrección y



IMAGEN INTERIOR, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

¿quién, más allá de la fe, no quisiera que fuera cierta? Este atrio amable es, en fin, el espacio de la sociedad, del dolor mitigado por la distancia, del shock antes del llanto. Mientras, los familiares directos esperan en una sala en la esquina opuesta del templo y no aparecerán hasta que comience la ceremonia: su dolor no es importunado por otras ceremonias, las sociales, que no son sino la constatación dolorosa de que la vida sigue. Pero la arquitectura debe, por un momento, negarlo.

Hay algo de doméstico que esas columnas extrañas también transmiten, con un leve éntasis, como sus referentes clásicos, pero con un revestimiento deliberadamente humilde y cotidiano: piezas cerámicas colocadas en vertical que, rescatadas de su cotidiano uso de revestimiento neutro, conforman el eco de las acanaladuras de un templo que una vez fue su antecesor. Sin basa, como hundiéndose en el suelo; sin delatar el apoyo de la losa, como naciendo del suelo.

Todos los encuentros denotan un último sentimiento de respeto, de cuidado, de temor a hacerlo todo evidente, *noli me tangere* [2].

Llega el momento de abrir la puerta. Un frente vegetal, las puertas hacia el paraíso, quizá; el friso donde despistar, donde dejar vagar, donde perder la mirada. Pesadas, claro. Una cosa es la amabilidad. Otra muy distinta callar la realidad del mundo. De éste. Es muy necesario sentirlo.

Abiertas las puertas, el drama se revela: al fondo, inexorable, el catafalco. Aunque aún hay un espacio previo de civismo, de amabilidad, un sencillo lugar donde dejar abrigos y paraguas, subir al coro sin molestar, respirar antes de traspasar una segunda puerta, vegetal, con esa blandura de lo verde, figura del paraíso a través del cual quisiéramos ver la despedida. Pero abierta esa puerta, ya no hay más remedio ni distracción: allí está el catafalco, al fondo, presidiendo ese eje ante quien nadie se interpone. Sorpresivamente, nadie media, el mundo de los vivos queda a un lado, respetando también ese eje brutal que conecta en ese momento con el único que, ausente, paradójicamente importa.

Y a pesar de todo el civismo, de toda la delicadeza hay un segundo brutal: el recuerdo del motivo del encuentro, la cruz al fondo y nadie más en

[2] *Noli me tangere*, «no me toques», versículo 17 del capítulo 20 del Evangelio según San Juan, palabras dirigidas por Jesucristo a María Magdalena, primer testigo de su resurrección.



DETALLE DEL SOPORTE, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

ese eje. El baldaquino a un lado, los ejes confusos, múltiples, extraños. En ese momento sólo hay un único protagonista presente/ausente... es que nadie más quiere encontrarse en su camino, así que, respetuosamente, todos se apartan.

DOS: ESTAR

Sí, hay que apartarse, hay que congregarse con los vivos, evitando esa confrontación brutal. Todos a un lado, pues, a un solo lado, nada de simetrías.

Bancos ladeados y oblicuos, que sea rápida esa «huída» del eje, ese apartarse del protagonismo. Sentados la mirada se pierde. No podemos estar mirando al altar, no podemos mirar al túmulo, no podemos sino descubrir con alivio que allí fuera hay un bosque, hay sol, hay verde... hay un mundo vivo al que sentimos con intensidad pertenecer.

La mirada vaga aliviada, podremos escuchar el oficio con la libertad de dejar vagar la vista en la distancia, en ese sol que un día despejado bañará hasta bien entrada la nave, quizá hasta ese eje que, iluminado, parecerá menos terrible. Pero hay más: la nave es casi simétrica, lo vimos, pero no lo es... tampoco lo es a la hora de vivirla (la vida no aguanta la tiranía de la simetría y se escapa a la más mínima ocasión). La nave derecha, de menor altura, precisa estar vacía, necesitamos que nadie moleste esa mirada al bosque, auténtico respiro del alma.

Por ello, la línea de columnas enmarca la alineación de coronas, de ofrendas florarles, de regalos a un difundo que no son por para él sino para quienes viven. La mirada se posará, en primer término, en esas coronas con cintas que recuerdan a quienes tanto querían o apreciaban o admiraban o estimaban al difunto. Ofrendas al ausente que no son sino regalos al presente, consuelo para los vivos, que, quizá, piensen que fue grande en vida quien deja un gran vacío, quien merece un intenso recuerdo... ofrendas que no son sino su materialización pálida pero real. Flores con significado afectivo, con trasfondo de sociedad, en un primer marco que destaca el segundo estadio, el de esa naturaleza que, injustamente, se ha levantado soleada (algo dice que en toda despedida debería tronar y acompañar en la tristeza, pero algo dice que sólo ese sol traerá consuelo, en el mismo momento en que esa naturaleza empieza a trastocarse y devenir metáfora de la vida, quizá lo que más ansía celebrar quien la contempla).

Mientras, los familiares siguen ausentes, su dolor es respetado y se evitan pésames, besamanos, desfiles siempre embarazosos, de quien no sabe qué decir a quien no tiene nada que responder, sino acaso una mirada, probablemente perdida.

No, no es momento de sociedad, sino de soledad, no es momento sino para aparecer discretamente, cuando ya todo está preparado para el oficio, apenas unos segundos antes de que el oficiante haga acto de pre-

sencia. Los familiares tendrán, además, un momento de reflexión, un momento para recomponerse, para acompasar el paso, para rehacer su postura antes de entrar en la nave, llena para entonces de una suma de preguntas y descanso de ojos perdidos en lo verde... momento para entrar discretamente y evitar el embarazo de una atención que no sería el momento de recibir.

Sentados ya todos, miradas perdidas buscando el consuelo, es tiempo de que haga su entrada, también discretamente, el oficiante. También éste recibe el regalo de la distancia, de no afrontar duramente la inmensidad de la nave (todo lo humano es inmenso en ese preciso instante); es necesario que una puerta casi doméstica abra a un rincón de altura contenida, que un soporte haga de friso pero también de escudo mediador. Al fin y al cabo, es «sólo» otro hombre quien aparece en escena.

El oficiante se dirige lentamente al baldaquino atravesando para ello el altar, se detiene un momento, se gira a la cruz frente a la cual se prostra un momento y continúa su camino. El altar ha llamado la atención. Estamos en un templo de la Reforma y sin embargo parecería de la Contrarreforma: de cara al testero y a la cruz, diríase concebido para decir misa en latín y de espalda a los feligreses... algo falla, algo no se entiende...

Pero el oficiante sigue cambio al baldaquino y todo cobra sentido, aunque para ello debamos tomar partido y cambiar de lugar, poniéndonos en el suyo. Subamos, pues, al baldaquino y miremos desde allí. En medio de una calma tensa se oye el roce nervioso de alguna ropa, todo ansía un acomodo, un encaje, un orden que, en el extremo caos, dé sentido a la ceremonia. Como un rompecabezas súbitamente resuelto, de repente todo cobra sentido. El oficiante es la referencia, quien tiene el control y el secreto del mito y del rito (tal vez ambas cosas sean lo mismo) a su disposición. Es, dicen, el sumo sacerdote. También el director de orquesta.

Una panorámica de izquierda a derecha nos muestra el modo en que el oficiante controla la «escena» al completo, desde la mirada al bosque hasta el altar, el cual, ahora toma sentido: es un altar, sí, contra el retablo ausente [3], hacia la cruz, pero no porque se oficie de cara al altar, sino porque resulta compartido entre los feligreses y el sacerdote: todos ellos miran del mismo modo hacia el altar y comparten una tensión hacia allí. El sacerdote no es protagonista, no se interpone, sino que comparte una misma relación, que «administra» sin interferir. Porque, una vez más queda patente, no hay otro protagonista que aquél a quien se despide.

TRES: MARCHAR.

La mirada vaga indecisa entre el paisaje, el oficiante y el altar, altar desnudo que por siempre deberá estarlo ante el retablo que nunca fue. Situémonos en la primera fila, allí donde se sentarán los más directos parientes del des-



IMAGEN INTERIOR, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

[3] Aarne Niinivirta (1906-1942) debiera haber sido el encargado de ejecutar un mural tras ganar un concurso al efecto, pero murió en 1942 de tuberculosis... el friso nunca se hizo.



DETALLE DE LA ESCALERA, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

pedido, aquellos más necesitados de consuelo. Su mirada al paisaje se encuentra con la profunda puerta de salida, esa puerta que marca un cambio que continúa hacia el más allá... ojalá fuera hacia el más allá, se dirá... y en este aspecto la iglesia muestra ese regalo de no forzar a regresar por donde se entró, no es un cambio de ida y vuelta, sino un cambio sin retorno (como la vida) que acaba en un «otro mundo» (como la vida) del que no se vuelve (...como la vida).

De repente, sin embargo, algo se percibe extraño en esa puerta de salida (hay puertas de salida como hay puertas de entrada y han de ser, lo comprobaremos, necesariamente diferentes). Veamos los escalones, tendidos, de muy poca altura, excavados en el plano del suelo y que encauzan el caminar... Su trazado ligeramente curvo orienta el camino, orienta a la puerta hacia quien la ha de usar. Y ese quién no es el despedido, sino quienes le despiden. Por eso, su trazado no es recto y directo al túmulo, sino un breve arco que desvía la intención hacia quienes desde los asientos acudirán a salir, en cortejo, por esa puerta camino del bosque.

Parece natural pero... parecería haber un error muy elemental: si seguimos ese trazado, el eje viene a chocar con la última (o primera) de las columnas... Hay algo raro, difícil de explicar, difícil hacerse a la idea de algo no pensado, de un error o un accidente.

Como siempre, ante una extrañeza, probemos a ver las cosas desde el otro lado, quizá ahí haya una explicación. Y no cabe duda que debe haberla, pues algo tan claro no puede no ser pensado. El otro lado... «este» lado.

Volvamos pues al lugar donde estarán sentados, asistiendo al oficio, los allegados del despedido, vayamos a la posición de preeminencia, donde estará el hijo, la esposa, el nieto. Hagamos también el recorrido que seguirán el resto de asistentes una vez siguieran al cortejo, caminando por el eje de la nave hasta doblar hacia la puerta y ser capturados por el ligero imantamiento de ese gesto del suelo...

Los unos encontrarán el soporte justamente en el eje visual de la puerta de salida, tapándola; los otros se acercarán a ese último soporte, cilíndrico, terso, y lo bordearán lentamente para encarar la puerta, la puerta de salida hacia ese otro mundo de ahí afuera.

¿Sería aventurado afirmar que la escalera muestra un conflicto claro? ¿Y que tiene un significado? ¿Será el signo que nos indica desde dónde mirar para comprender? Vemos en las iglesias románicas, góticas, no pocos mensajes claros a través de la imaginería, de la geometría, de la luz... Quizá sólo sea una casualidad, pero desde ese lugar privilegiado, desde el camino de acercamiento, el soporte oculta la puerta, pero de ese soporte arranca la escalera... como si en el fondo se dijera «sí, todo este discurso sobre la otra vida está muy bien... pero aún no, gracias». Ese soporte representa la vida, la pulsión de permanecer, todo lo que aún está por hacer aquí... «largo me lo fiáis»...

Pero al final, inexorable, el camino de salida. Y entonces éste es profundo, un túnel, un paso que no puede resolver el espesor sumario de una puerta.

Cogemos el tirador, flexible, y se adapta a la mano, sólo tras cogerlo toma su forma definitiva y comienza su acción. Cada cual, ineludiblemente, construirá su propio tirador y hará el esfuerzo de abrir esa puerta...

Todos salen, en silencio, al bosque, el sol de cara, es necesario celebrar a la naturaleza, sentir el calor del sol, cegarse, embriagarse de luz.

El cortejo sigue su rumbo, se aleja, uno a uno todos salen, ensimismados, aliviados por la vida cotidiana que en su rutina permitirá pensar en otras cosas (o nos volveremos locos).

Ha sido un viaje, un tránsito.

Ha sido un adiós que habla de los que se quedan. *Carpe diem* y *tempus fugit*, sí. Pero al final la luz. Al final la vida.

El último, sin embargo, traspasa también la puerta y se da la vuelta para cerrarla, para dar por terminado el episodio. Para decir adiós al adiós y seguir viviendo...

Pero aún falta un último escalofrío.

La puerta, historiada, viva, vegetal, densa, profunda, pesada... no tiene tirador en su cara externa.

El último, desconcertado, otea la hoja, la palpa, la examina, intenta atraparla por el canto, impulsarla, cerrarla... pero no es posible sino muy a medias. Queda una rendija. No hay manera...

... porque no importa lo que quieras, lo que desees, lo que hagas, lo que intentes... esa puerta NUNCA lograrás cerrarla. ■



DETALLE DE LA CERRAJERÍA, CAPILLA DE LA RESURRECCIÓN, TURKU, FINLANDIA (1891-1955). ARQUITECTO, ERIK BRYGGMAN.

Fecha de recepción:
2 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación:
18 de octubre de 2012